

ACOGED ESTE CANTO CON QUE OS DIGO MI NOMBRE

Francisco Lluch Mora

Acoged este canto que es mi vida y mi sueño
donde entrego mi sangre en la palabra sola,
en el claro murmullo de adjetivos heridos
con que corto la sombra del mundo que me cerca.

Acoged este canto ahora que hay ventanas
para mirar la alondra más allá de la nube,
para soñar el viento por el que va el recuerdo
sembrando sus cristales en la flor y en las cosas.

Acoged este canto vosotros los que disteis
la incertidumbre negra para quebrar espejos,
para tronchar otoños y avivar las heridas
que aún quedan en el torso de las viejas estatuas.

Acoged mis palabras de varón conmovido
que dice lo que siente, que os dice su retrato,
donde hay luz y penumbra velada de tristeza
y un río de esperanza para dorar la arcilla.

Acoged las palabras con que expreso mi sueño
y escalo torreones para otear distancias,
más allá de la línea que tiene el horizonte
a donde llega el grito que sacude la tarde.

Es ésta mi alegría, mi tristeza de siempre
con que me invento el mundo y confirmo la rosa,
este raro dualismo de la flor que perdura
y el mundo en que me nuevo creado por mi verbo.

No busquéis mi epitafio, ni el llanto, ni la queja,
amarrad vuestros barcos a la palabra tibia
y comprended el arco que en mi voz se destroza
y contemplad el alto panorama del tiempo,

que en mi verso se muestra ensimismado firme.
¡Ah, el tiempo que recorre las vastas soledades,
las doradas ciudades donde pulula el río
de la gente que pasa incomprendida y triste!

¡Ah, el tiempo en que combaten la paloma y el tigre,
el mismo que me tiene y en el que yo persisto
contemplando la rosa y oteando distancias,
que están sin yo saberlo más allá de mi mismo!

¡Ah, el tiempo que yo soy con esta voz de ahora,
con la que digo cosas que sé que no comprenden,
y que acaso se borren no bien las haya dicho!
Buscadme en las palabras heridas de mi canto.

y acaso encontraréis un mundo atravesado

por puñales de cobre, una espada sangrando,
un río junto a una aldea, una torre de piedra
y una playa perdida llena de caracoles,

donde se escucha el ritmo profundo de las olas,
chocando contra el muro del alto acantilado.
Buscadme en las palabras con que me invento en el mundo
y descubro vasijas que estaban sepultadas

bajo el peso del polvo de los viejos concheros.
Buscadme en lo que digo a la orilla de los nombres
que tienen en un insomnio las estatuas yacentes,
que tienen en su ritmo las bacantes estáticas.

Me encontraréis de nuevo en las cosas más raras:
daguerrotipos tristes, palomas detenidas,
raras cartas de viaje con veleros de Flandes,
grabados de otro tiempo: el puerto de Marsella,

la catedral de México, el Golfo de Vizcaya
con sus raros tritones, y las velas al aire
de bajeles en ruta. Allí me encontraréis,
en los objetos todos que he ido recogiendo

por los blancos caminos y las grises ciudades.
Son éstos los objetos que han pasado a mi canto
y que son en mi verso ya algo de mí mismo.
En ellos me veréis, y en todo lo que digo,

pues la voz los posee y los torna en sustancia.
Acoged este canto con que os digo mi nombre,
por el que van figuras que intercambian saludos.
En ellas y en sus voces, en sus leves presencias

que quedaron grabadas como en un triste espejo
me encontraréis palpando sus siluetas remotas.
Acoged este canto ahora que hay ventanas
para mirar adentro del mundo que alentamos,

este mundo de sueño, que hemos construido
en alas de la música que tiene nuestra sangre,
en el que pugnan siempre la luz de la paloma
y el terrible leopardo que la ataca inminente.

Del poemario, **Palabras en el Tiempo**
(1948-1993)

CANTO A YAUCO

Francisco Lluch Mora

I

Yo evoco esa tu clara transparencia
rayada por la torre de tu anhelo,
ese azul tan exacto de tu cielo
y ese río de tiempo sin urgencia.

Yo evoco esa tu firme permanencia
con que expresa la piedra su desvelo;
yo evoco tus mañanas y el revuelo
de tu alto campanario. La presencia

de tu palma en el aire estremecido,
ese azul de tu cielo sin herida
y el agua que te abraza silenciosa.

Yo evoco tu llanura sosegada,
el cerro y esa torre enarbolada,
blanca de piedra en el aire jubilosa.

II

Yo evoco las cisternas de los patios.
El alto y silencioso tamarindo.
¡Cómo escucho palabras ya dormidas
al aire de la tarde transparente!

Yo evoco los zaguanes y el silencio
a la hora dormida de siesta.
El níspero en el patio y el bochorno
de la hamaca callada y sin vaivenes.

Yo evoco la palabra presurosa
de las altas campanas en la aurora.
Tintinear del tiempo detenido
en un ayer erguido en la memoria.

Yo evoco esas campanas de otro tiempo,
-desatado universo de armonía,
su canto levantado, su presencia,
aún rayando el silencio de la tarde.

Yo evoco el blanco patio del Colegio
con su palma y quenepo frutecido.
Aquel tiempo de sumas y cartillas,
de riñas, de ilusiones y de juegos.

¡Cómo recuerdo ahora el encuentro
con la palabra Dios amanecida!
y otra lengua lejana en el oído,
triste lengua de verbos taciturnos.
¡Cómo recuerdo ahora el leve río
de la infancia remota!

III

Vuelvo ahora a tu río, a tu acequia,
a tu ceiba extendida junto al llano,
a tu búcar enhiesto con su alfombra
de corales dormidos en la tierra.

Vuelvo ahora al silencio de otros días,
a contemplar el Cerro en la distancia,
nuevo pesebre manso con palomas
al aire de la tarde transparente.

El corazón se sabe por su tierra.
Aquí yace el silencio de unos huesos
abonando la tierra del olvido.
Cercado está el recinto sin palabras,

levantando columnas en el tiempo.
Vuelvo ahora a la tierra de los huesos,
al sosegado mundo de la dalia,
al fugitivo hechizo de la rosa.

El corazón transido de recuerdos
mira en ti a la patria de mi sangre.
Yo me nutro, sustancia transitoria,
de esa savia que tienes permanente.

Ah, patria de mi sangre y mi sustancia,
mi esclarecido sueño y mansedumbre.
Vuelvo a ti con el peso de mi vida
y el corazón henchido de nostalgia.

IV

Allí, allí, se aúpa la casona,
vigilia permanente de mi raza.
Allí, allí la piedra sin adorno
conserva aún la huella del pasado.

El vetusto portal, las galerías
abiertas junto al patio y la cisterna.
Allí, allí se aúpa la casona
con su zaguán desnudo y su penumbra.

¡Cómo escucho palabras ya lejanas
horadar el silencio de la tarde!
¡Cómo miran los óleos pensativos!
¡Cómo irrumpe la verde enredadera!

V

Yo te dejo mi canto, tierra mía,
tierra mía que sabes a guayaba.

Yo te dejo mi sueño, tierra mía,
yo te dejo mi voz y mi garganta.

Yo te dejo mi vida, tierra mía,
tierra mía que tienes tu esperanza.

Yo te dejo mi beso, tierra mía,
tierra mía que tienes tu nostalgia.

Yo te dejo mi canto, tierra mía,
tierra mía que tienes tu sabana.

Yo te dejo mi sangre, tierra mía,
tierra mía que tienes tu montaña.

Yo te dejo la llama enardecida
y el amor que te tengo, patria amada.

Yo te dejo mi sueño, tierra mía,
yo te dejo mi ser en la palabra.

VI (EL RODADERO)

¡Cómo grita a mi paso el Rodadero,
su erguido son de queja enamorada!
Luciente voz de siglos, voz transida,
en clara y recia lengua desatada.

¡Cómo grita su instante el Rodadero,
horadando el azul de la mañana!
Hay un grito de guerra en su contorno:
en él pugnan Juan Ponce y Agüeybana.

Se yergue en ese grito el Rodadero,
dibujada turquesa permanente,
con sus grietas de agua ligerísimas.

¡Cómo irrumpe esa voz por la hondonada!
La guitarra y el güiro por el tiempo.
Se escucha el corazón de la montaña.

VII (Torre)

Contemplo tu silueta levantada,
ágil piedra, liviana geometría,
luz de lirio, entuesta melodía,
claro ritmo de lumbre apasionada.

Se colma tu presencia sosegada,
toda plena de luz y de armonía,
la piedra en ti se torna alegoría
al cielo de la Yauco enarbolada.

Piedra esbelta que sueña su fermata,
Contemplo tu espadaña de dulara,
leve canto en el aire entremetido.

¡Cómo alienta la música temprana!
Es repique y es trino en la montaña,
tu perfil en el aire conmovido.

VIII

Ah, tierra del cafeto y la montaña!
¡Ah, tierra de mi sueño, de mi vida!
Por ti pulso la voz que no se acaba.
Por ti aliento la luz y la ternura.
¡Ah, tierra de la guaba y el naranjo!
En ti la luz se palpa sorprendida
auscultando la maga y la penumbra.
¡Ah, tierra de la iguana y los maizales,
la pura transparencia te rodea
con sus manos celestes, primitivas.
El cundeamor invade tus jardines,
alfombra de penumbra y de misterio.
¡Cómo paca el caballo a la orilla
del río y la cañada! ¡El higuillo,
cómo muestra el verdor de su presencia!
¡Ah, tierra de la palma y de las auras!
¡Ah, tierra de la oscura golondrina,
de los altos y claros ruiseñores!
¡Cómo sueña la sierra su esmeralda,
destacada silueta contra el fondo
luminoso del cielo transparente!

¡Ah, tierra del arado y de los bueyes,
pacientemente solos en la sombra.
¡Cómo mueve el almendro su penumbra
frente al lento crepúsculo de otoño!

¡Ah, Yauco con su sierra y su llanura,
con su ceiba y sus ruinas a la orilla
de las quejas cañadas. Pueblo mío
por ti pulso la voz y la esperanza.

Del Poemario **Palabras en el Tiempo**
(1948-1993)

TE HE BUSCADO SEÑOR EN CADA COSA

Francisco Lluch Mora

Te he buscado, Señor, en cada cosa.
Te he buscado en la tierra y en el río.
Te he buscado en otoño y en estío.
Te he buscado en el centro de la rosa.

Te he buscado en la tarde que declina.
Te he buscado en la noche y en la estrella.
Te he buscado en la cifra y en la huella.
Te he buscado en la luz y en la neblina.

Te he buscado en la línea y en la piedra,
en el torso adornado por la yedra,
y en todo lo que alienta, lo que existe.

En la rosa, en la estrella y en el río,
en el aire, la tarde y el estío,
y a solas en la sombra te escondiste.

Del Poemario **Del Barro a Dios**, 1954

POEMA DEL TIEMPO

Francisco Lluch Mora

I

Herido del tiempo estoy
y no puedo escaparme
de las voces
que sin cesar me llaman
duras e inflexibles.
No puedo.
son las voces lejanas
horadando el recio universo
en que combato.
Son las voces que conozco.
Son las voces del tiempo
que no acaba de rodar.
El tiempo.
Herido en él estoy.
Miro a mi alrededor
y toco las piedras
y me sé más herido
del rayo
y del destino.
Es el tiempo.
Lo sé.
Es el tiempo
que horada el bloque de
granito
y el metal que aprisiona
y confunde.
Lo sé.
Pero no importa.
Miro a mi alrededor
y veo la abierta arcilla.

II

Miro a mi alrededor
y contemplo la roja granada
abierta,
sangrando por el lodo
como un seno mordido
por la boca del fauno.
Miro a mi alrededor
y contemplo
los altos andamios
donde teje la luz
su enredadera de prismas
y sonidos.
Miro a mi alrededor
y veo al niño
jugando con el barro
y las piedras.
Miro a mi alrededor
y me veo levantando
espirales,
levantando andamios
cara al sol del mediodía.
Me veo en sus fulgores.
Sí,
me veo,
y me contemplo
más puro.
Pero cuánto dolor,
cuánta materia oprimida
a punto de caer
en el tiempo
que no rueda.
¡Cuánto esfuerzo,
Cuánta carne desgarrada,
cuánto esfuerzo!

III

Lo sé.
Contemplo las ventanas,
los vitrales donde sueña la luz postrera
del día,
donde se quiebra el aire
de la dulce primavera.
Herido estoy
y no puedo escaparme
de las voces
que arañan en mi ser
con sus signos de fuego
y sangre corrompida.
Pero no me importa.
Ausculto el llamado de la rosa
y contemplo el misterioso movimiento
de las constelaciones
infinitas.
El tiempo
me contesta
impertérito,
sereno,
el tiempo que no acaba de rodar,
sino que permanece estable,
firme,
inconmovible.

Me contesta con su grave silencio,
mientras el hombre sufre
su agonía de siglos.
Mientras el hombre sufre,
el hombre,
el que levanta los andamios
y resquebraja la tierra
como a débil brizna de yerba.
El tiempo permanece estático
y sólo se percibe
el ritmo de las constelaciones
en el cielo azuloso
de la noche.
Sólo el tiempo permanece
estático,
impertérito,
en silencio.
Herido estoy
y me miro
abarrojado
en el instante
que no rueda.

Del poemario, **Palabras en el Tiempo, 1948-1993**

CANTO DESESPERADO A LA CENIZA

Francisco Lluch Mora

I

Negro manojos de huesos,
arcilla reducida a su final de sueño
arrinconada mansión sin cantos y sin ruegos,
escombros que se reduce al polvo,
a la ceniza,
al olvido verdadero

Nos quedaremos un día completamente solos,
tirados en la tierra como brizna abandonada,
brizna segada y seca.

Nos quedaremos un día completamente solos,
Nos quedaremos tranquilos,
silenciosos,
con el torso ya próximo a un hervidero de
gusanos.

La tierra, sólo la tierra, nos cubrirá de pronto,
y seremos allí materia corrompida,
negro manojos de huesos,
montones de ceniza,
estático silencio.

Seremos un escombros del olvido,
trasto silencioso, perennemente frío.

Nos quedaremos un día completamente solos.
Y el barro se hará polvo por la tierra,
regresará de pronto a su raíz primigenia,
al imperio del polvo.

II

Vine a cantarte al aire, conmovido,
yo, desterrado, ahora, por el sueño
que me dora las casas y los árboles,
y me brinda lo frágil de la rosa,
ya volcado marfil ensimismado.

Vine a cantarte al aire, a la intemperie,
con los ojos cansados de mirar
el tránsito del tiempo en las estatuas,
los mármoles caídos entre el polvo.

Vine a cantarte ahora, a pedirte
que ahuyentes tu presencia sigilosa,
esa presencia tuya, sin sentido,
sin palabras, sin besos, sin simiente,
esa triste advertencia silenciosa.

Vine a cantarte al aire, decidido
a brindarte la llama taciturna
de esta sangre que alienta su mensaje,
de esta sangre que transita mis venas
y es símbolo de vida y esperanza.

A contraluz de llanto y agonía
vine a darte la voz que en mí se ensancha,
esta voz en que duermen perseguidas
las palabras y el fuego. Desatada
promesa de afirmarme sobre el tiempo,
sobre el tiempo que corta las raíces
y devora los torsos en los parques.
Vine a cantarte, ahora, gris ceniza,
imperio de la noche verdadera.

III

A la ceniza vengo, dolorido.
Aquí la voz alienta su tristeza,
desatada en oscuros ruiseñores.
Aquí la voz socava la presencia
del polvo, gris materia sin herida,
esa triste presencia sin latido,
ya huérfana del tiempo a contramores
y olvidadas palabras peregrinas.
Aquí, aquí la voz de la alborada
contempla los escombros, lo que queda.
A la ceniza vengo con mi grito,
a aventarla en el aire del ocaso
donde duermen las púrpuras del tiempo,
a aventarla en el tiempo y en la hora
en que la noche irrumpe su presencia,
abolida la luz y su destello.
A la ceniza vengo con mi grito,
que repercute, ahora, en el espacio,
horadando remotas serpentinas
de estrellas en el cielo del momento,
cuando alientan, serenas y desnudas,
las estatuas que miran sin mirada,
las estatuas, ya próximas al polvo,
al negro laberinto sin espejos
donde reina la muerte y el exilio.
A la ceniza llega mi armonía,
a la que yace muda bajo el mármol,
la que ignora la cifra de los sueños,
que no es árbol, ni es brizna para el viento,
sino montón de escombros combatidos,
conciliada presencia en abandono.

IV

Vengo a cantarte ahora, en que transitan
luciérnagas al aire. A cantarte
ahora que conozco que la rosa
se destina a la muerte prematura,
ahora que conozco que la carne
es fugaz como el lirio y la azucena.

V

Dominio de la noche es la ceniza,
planeta, sí, de tierra ensombrecida,
arrinconado escombros sin corola,
sin durezas enhiestas para el aire.
Leve montón de polvo por la sombra.
Desintegrado hueso en el abandono,
materia que no sabe su destino,
y que ignora promesas y alegrías.
La ceniza no sabe su destino,
ignora el memorial de la sonrisa.
No sabe de recuerdos ni esperanzas.
La ceniza se anida en el silencio,
no escucha golondrinas en la tarde,
ni el trino de los altos ruiseñores.
No sabe la ceniza de la rosa,
es tan sólo materia sin sustancia,
sin coléricos gritos, ni palabras,
helada posesión de la penumbra.
Ignora la ceniza los metales
y el rayo de la luna en la enramada,
no la tienta la carne, ni el olvido,
escombros que no palpa su existencia.

VI

Ven, ven ahora al polvo, a esta sombra,
larga noche sin llamas y sin cantos,
a este pálido río que no acaba,
resignado residuo del orgullo.
Ven, ahora, conmigo, a la ceniza.
Descubre que la rosa como el hombre
termina en el silencio, en el escombros,
que los labios que hablan y que admiras
son tan sólo reguero de ceniza,
que las frentes que miras despejadas
son tan sólo reguero de ceniza,
que los senos desnudos y rosados
son tan sólo reguero de ceniza,
que el cabello, cascada luminosa
sobre el hombro desnudo de la amada,
es tan sólo reguero de ceniza,
que los ojos, las manos y las piernas
son tan sólo reguero de ceniza.
Ven ahora y contempla abolidas
presencias luminosas. Ven, contempla
qué queda de la carne y la sonrisa,
qué queda de los muslos de alabastro,
de las manos vencidas que apresaron
la arcilla presurosa de los sueños,
qué de la piel amada, de los besos,
qué queda del dominio de la rosa.
Ven, contempla el destino de la carne
sumergida en la noche de la muerte.

Del poemario **Palabras en el Tiempo** (1948-1993)